

Narregios

■ ■ J.R.M Ávila*

Sal

A punto de morir evaporadas por el sol, las babosas arriban a la humedad y se reponen. Después, olvidando el peligro, se aparean voluptuosas.

Dos niños las contemplan arrobados. “¿Qué hacen?”. “Lo mismo que papá y mamá cuando dormimos”. Los ojos del más pequeño se intrigan.

El mayor desaparece y regresa. Jugando a ser dios, esparce sal sobre las babosas. Al verlas retorcerse, retrocede temeroso, como si hubiera pecado contra el padre y la madre.

Ambos niños huyen despavoridos.

Árbol

“¡Mira qué árbol tan bonito!”, dijo la muchacha.

“¿Qué tiene de bonito? A mí me parece feo”, contestó su acompañante.

“Nada entiendes de árboles. Si pudiera moverse no dirías eso de él”.

“Se lo digo a él: ¡Eres un árbol feo! ¿Me oyes? ¡Y aparte de feo: sordo!”.

“No le hables así”, dijo ella, enojada en apariencia, “los árboles también sienten”.

Contrariado, intenté moverme, pero mis raíces, aprisionadas por la tierra, no me obedecieron. “Sueño”, pensé. “Sí, sueño”.

Entonces desperté, y una leve brisa removió mi follaje.

Lot

Aquella misma noche, lejos aún de yacer con las hijas, soñó preñada a su mujer de sal. Entonces se arrodilló y suplicó por la inocencia de la criatura (la mujer ya no importaba, en realidad jamás le importaron tanto ni ella ni las hijas) hasta que su dios tuvo a bien hablar de esta manera: “Si al terminar el día conoces la cifra justa de granos de sal en que está convertida, la mujer te será devuelta”.

El hombre emprendió la tarea de no dejar grano sobre grano para recuperarla. Pero antes deseó acariciar el embarazo de sal y al palparlo vio con desesperación cómo se dispersaban ojos, cabello, sangre, pechos, piernas, ropa, anillo, curiosidad, criatura, mujer en el desierto.

Al salir del sueño, también la fe se le volvió sal y desapareció en el viento.

Abuela

“¿Fue así como sucedió?”, le digo a mi abuela cuando termino de leer un texto en el que relato parte de su vida.

Mientras despliega una sonrisa que la rejuvenece cuarenta años, le brillan los ojos como si viera el recuerdo.

“Te faltó decir que llevaba un vestido celeste, hermoso”, dice.

¿Cómo no ha de valer la pena escribir?

Velorio

A medio velorio, mi madre se levanta y sale del féretro. Se da gusto viendo a la gente que la visita. Va de grupo en grupo, complacida por la presencia de los hermanos, hermana, hijos, hijas, nueras, yernos, nieterío, sobrinerío.

“Así hasta gusto da morirse”, dice, y regresando a su lugar en el féretro, cierra los ojos y le sonrío a la muerte.

Asilo

El día que lo ingresaron al asilo, le entregaron un diario en el que todos los miembros de la familia escribían agradecidos lo que había hecho por ellos.

Después de ese día, nadie se acordó de visitarlo. La única que lo procuraba era una mujer que ahí se había hecho amiga suya.

“¿Me permitiría leer su diario?”, le dijo una tarde. Él se lo permitió.

“No me lo tome a mal”, le dijo ella al terminar de leer, “pero, si es cierto cuanto escribieron en el diario, ¿qué mal les hizo para que lo olvidaran aquí?”

“Envejecí”.

* Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Perdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

Discriminación

“Tú no puedes jugar con nosotros, porque eres niña”.

“Niña, lo serás tú”, se defiende ella con torpeza.

“¡Mamá, Leticia me dijo niña!”

“¿Por qué lo hiciste?”.

“Él fue el que me dijo niña primero”.

“Pero es que eres niña. Él tiene razón, a ver, ¿te parecería bien que él te dijera niño?”

“Sí”.

“¿Por qué?”.

“Porque así me dejarían jugar con ellos”.